



*La escatología es el estudio de los últimos tiempos. Este apartado incluye secciones sobre la muerte, el último juicio, los errores sobre el milenarismo, la resurrección, el fin del mundo, la condenación eterna y la vida eterna.*

## Escatología

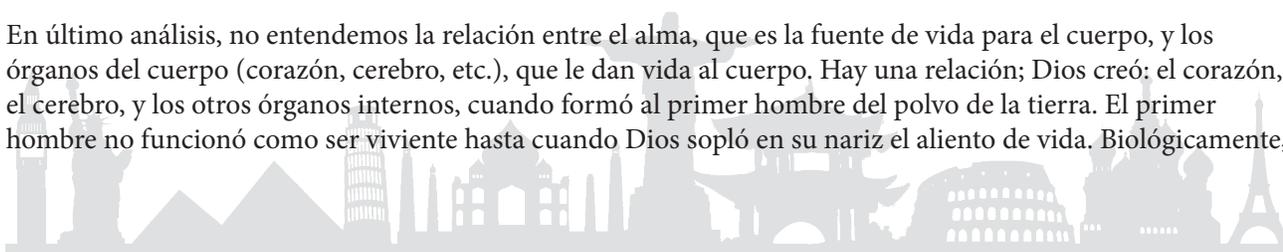
La escatología es una de las cinco grandes divisiones del estudio de las enseñanzas de la Escritura. Las otras cuatro son: la Teología, el estudio de Dios, el autor de la salvación; la Antropología, el estudio del hombre objeto de la salvación; la Cristología, estudio de Jesucristo, el mediador de la salvación; y la Soteriología, estudio de la adquisición de la salvación. La palabra *escatología* viene de la palabra griega *ésjata*, que significa “últimas cosas”. La escatología estudia la muerte, que es el fin de la vida humana sobre la tierra. Es el estudio de: la condición de los muertos, la segunda venida de Cristo y el error del milenialismo, la resurrección de todos los muertos, el fin del mundo, el juicio final, la condenación eterna en el infierno, y la vida eterna en el cielo.

### La muerte temporal es la separación del alma y el cuerpo

Los médicos y los especialistas en ética médica debaten el tema de cuándo una persona está biológicamente muerta. Algunos dicen que la muerte ocurre cuando el corazón deja de latir; otros dicen que ocurre cuando el cerebro deja de funcionar. Teológicamente, la Escritura nos enseña que la muerte ocurre cuando el alma se separa del cuerpo. En la parábola del rico insensato, el Señor dice: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma” (Lc. 12:20). Esa noche podía ser separada el alma del cuerpo del rico insensato y terminar su vida sobre la tierra. Al describir la muerte, Salomón escribe: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Ec. 12:7).

Dios hizo el alma y el cuerpo para que funcionen como una unidad integral. Después de crear al primer hombre, “Jehová Dios [...] sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7). Podríamos comparar la relación entre el alma y el cuerpo con la que hay entre una mano y un guante. El guante, por sí mismo, no tiene vida, movimiento o dirección; cuando se pone la mano en el guante, éste toma: vida, movimiento, dirección. Cuando se retira la mano del guante, no se pierde la vida, sigue en la mano, solo que no funciona en relación con el guante. De manera similar, el alma anima al cuerpo; sin el alma, el cuerpo no tiene vida; con el alma, toma: vida, movimiento, y dirección. Cuando ocurre la muerte, el alma abandona el cuerpo. El cuerpo queda: sin vida, sin movimiento, ni dirección.

En último análisis, no entendemos la relación entre el alma, que es la fuente de vida para el cuerpo, y los órganos del cuerpo (corazón, cerebro, etc.), que le dan vida al cuerpo. Hay una relación; Dios creó: el corazón, el cerebro, y los otros órganos internos, cuando formó al primer hombre del polvo de la tierra. El primer hombre no funcionó como ser viviente hasta cuando Dios sopló en su nariz el aliento de vida. Biológicamente,



los médicos ven los órganos del cuerpo como la fuente de la vida; teológicamente, el alma es la fuente de la vida.

¿Por qué ocurre la muerte temporal? La muerte ocurre por el pecado. Cuando Dios les dio el mandato a Adán y Eva, dijo: “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). El castigo por la desobediencia es la muerte; como escribe Pablo: “La paga del pecado es muerte” (Ro. 6:23). La muerte de la que habla Pablo es triple: la muerte temporal es la separación del alma y el cuerpo; la muerte espiritual es la separación del alma de Dios (Is. 59:2). La muerte eterna es la separación del alma de la amorosa presencia de Dios para siempre en el infierno (Mt. 25:41). Las tres son resultado del pecado. Dios dijo que la humanidad iba a sufrir la muerte temporal como resultado de su desobediencia. “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19).

Por la desobediencia de Adán, la condenación, que él trajo sobre él, pasó a todos sus descendientes. Pablo escribe: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Ro. 5:12). Cuando Adán pecó, todos caímos en pecado. La muerte que ganó Adán por su desobediencia, la ganamos todos, al nacer a la imagen de Adán, no a la imagen de Dios (Gn. 5:1,3). El hecho de que la muerte se hizo parte de la vida en la tierra es fuertemente demostrado en Génesis 5; ahí tenemos el registro de los patriarcas desde Adán hasta Noé, todos tuvieron larga vida (Matusalén vivió 969 años—Gn. 5:27). Pero, a pesar de su longevidad, siempre leemos al final: “Y murió”.

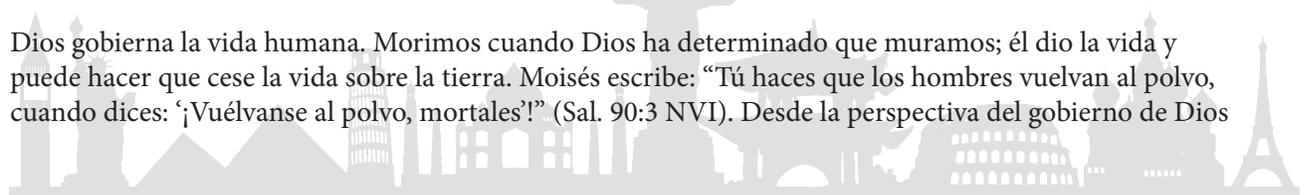
La muerte es, pues, universal, es la experiencia común de todos los descendientes de Adán. El escritor a los hebreos dice: “[E]stá establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Heb. 9:27). Salomón observa: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir” (Ec. 3:1,2). No nos agrada pensar así, pero la vida es siempre una cuesta abajo, es verdaderamente de la cuna a la tumba.

La muerte es universal. Pero, hay excepciones. Enoc y Elías fueron llevados al cielo sin ver la muerte. No sabemos por qué el Señor los llevó directamente al cielo, sin ver la muerte; todo lo que podemos decir es que le plugó al Señor hacerlo. Enoc fue la séptima generación desde Adán: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Gn. 5:24). Elías también fue llevado al cielo sin ver la muerte: “Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino” (2 R. 2:11). Debe notarse que Elías no subió al cielo en un carro de fuego, el carro de fuego separó a Elías de Eliseo. Elías fue llevado al cielo en un torbellino.

Los que estén vivos en el momento de la segunda venida de Cristo no verán la muerte. Pablo escribe: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:16,17). Y Pablo vuelve a escribir: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados” (1 Co. 15:51).

Se debe notar que Jesús no tenía que morir, era sin pecado (1 P. 1:19). Jesús quiso sufrir la muerte para vencerla por nosotros; su muerte fue voluntaria. Jesús dice: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:17, 18).

Dios gobierna la vida humana. Morimos cuando Dios ha determinado que muramos; él dio la vida y puede hacer que cese la vida sobre la tierra. Moisés escribe: “Tú haces que los hombres vuelvan al polvo, cuando dices: ‘¡Vuélvanse al polvo, mortales!’” (Sal. 90:3 NVI). Desde la perspectiva del gobierno de Dios



en el mundo, nada queda al azar: todo el mundo creado está bajo el gobierno de Dios. Jesús dice: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre” (Mt. 10:29). También nosotros morimos cuando Dios determina que muramos. Desde la perspectiva del gobierno de Dios en el mundo, la duración de la vida humana está fijada; como observa Job: “Ciertamente sus días están determinados, y el número de sus meses está cerca de ti; le pusiste límites, de los cuales no pasará” (Job 14:5). Dios ya ha determinado: el año, el mes, el día, y el segundo, exactos del fin de la vida de cada individuo.

Pero, desde la perspectiva de la responsabilidad humana, podemos alargar o acortar nuestros días sobre la tierra. No sabemos la duración que Dios ha determinado para nuestra vida; el Quinto Mandamiento nos dice que cuidemos el cuerpo que Dios nos dio; el Señor promete larga vida en relación con la obediencia al Cuarto Mandamiento (Ef. 6:3), y amenaza con acortar la vida en conexión de la desobediencia al Cuarto Mandamiento, “El ojo que escarnece a su padre y menosprecia la enseñanza de la madre, los cuervos de la cañada lo saquen, y lo devoren los hijos del águila” (Pr. 30:17). Er y Onán acortaron sus vidas por sus pecados (Gn. 38:7,10): Absalón acortó su vida por rebelarse contra su padre (2 S. 18:14,15). Por otra parte, Dios le concedió a Ezequías 15 años adicionales de vida en respuesta a su oración (2 R. 20:5,6). Pablo animó a los tripulantes del barco a tomar alimentos para sobrevivir (Hch. 7:33,34).

Así, nos consuela el hecho de que Dios determina la duración de la vida; si voy a abordar un avión y alguien me dice que un psíquico predijo que ese avión se va a accidentar, mi respuesta sería: “Mis tiempos están en las manos de Dios”. Por otra parte, si voy a abordar el avión y noto: que gotea aceite de los motores, que una de las alas tiene una grieta, y que el piloto está borracho, no me subo al avión, Dios nos dio el sentido común para que sepamos cuando ponemos nuestra vida en riesgo.

La muerte nos atemoriza (Heb. 2:15), pero Dios nos da esperanza y ánimo; como escribe Pablo: “Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:54-57). Por medio de la fe en Cristo, quien conquistó la muerte por nosotros, podemos afrontarla con valor y convicción. Para el creyente, la muerte es, en última instancia, liberación de los problemas de esta vida; como escribió Pablo cuando esperaba la muerte: “Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (2 Ti. 4:18).

¿Qué pasa después de que ocurre la muerte?

Cuando ocurre la muerte, el cuerpo se descompone; es como dijo el Señor: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Gn. 3:19; Cf. también Ec. 3:20). El proceso de descomposición no es bello, es un amargo recuerdo de la fragilidad de la vida humana y de las terribles consecuencias del pecado. Marta se refirió a esto cuando dijo que su hermano Lázaro, que había estado en la tumba cuatro días: “ya debe oler mal, pues lleva cuatro días allí” (Jn. 11:39 NVI). La descomposición es universal. Los cuerpos muertos se descomponen. La momificación y medidas extraordinarias pueden conservar los cuerpos en alguna medida; pero no se podría comparar un cuerpo momificado con carne viva. La única excepción a la descomposición fue nuestro Señor, cuyo cuerpo no vio descomposición; por su unión con la naturaleza divina, la naturaleza humana no vio descomposición (Sal. 16:10; Hch. 2:22-31).

Cuando mueren las personas, generalmente sepultamos los cuerpos. En algunos países no se preparan los cuerpos y deben ser sepultados el mismo día de la muerte; en otros países, se embalsaman los cuerpos para preservarlos hasta el funeral. La cremación es también una opción. Es cierto que la cremación del cuerpo se practica en algunas religiones paganas (como las hindúes); también es cierto que la cremación fue practicada en ocasiones por lo ateos, con la idea de que “si hay un dios, le voy a hacer difícil que me vuelva a armar”.

La asociación, de la cremación con el paganismo y el ateísmo, les ha producido a algunos escrúpulos de conciencia, pero no es pecado.

El cuerpo se descompone, pero el alma es inmortal, sigue viviendo después de separarse del cuerpo. Jesús le dijo al ladrón, en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43). Note que la frase no está escrita así: “De cierto hoy te digo, que estarás conmigo en el paraíso”. Jesús no le dijo al ladrón en la cruz que en algún momento del futuro estaría con él en el paraíso, es decir, en el cielo. Le dijo que ese mismo día iba a estar con él en el cielo. En el relato del rico y Lázaro: “Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado” (Lc. 16:22). Allá, en el cielo, Lázaro gozó la bienaventuranza de la vida eterna, mientras el rico sufría el tormento en el infierno. Hay vida después de la vida.

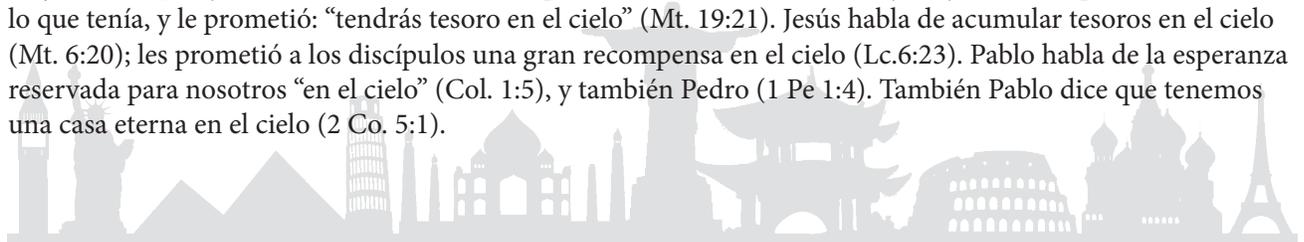
La Biblia nos asegura que las almas de los creyentes van al cielo después de la muerte. ¿Qué es el cielo? La Biblia usa de diversas maneras esta palabra. En Génesis 1, leemos: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (1:1); aquí se refiere a las “regiones más altas”, que comprenden el lugar donde vuelan las aves (Gn. 1:20), se refiere a donde Dios puso los cuerpos celestes (Gn. 1:14). En todos estos casos, el cielo tiene una connotación espacial, “de este mundo”; no se refiere a donde vive Dios sino a una parte del mundo creado de Dios.

También en el Antiguo Testamento se describe el cielo como el lugar donde mora Dios. Moisés oró: “Mira desde tu morada santa, desde el *cielo*, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel” (Dt. 26:15). Salomón oró: “tú lo oirás en el lugar de tu morada, en los cielos” (1 R. 8:30, 39, 43,49). Salomón reconoció que ningún lugar espacial puede contener a Dios; dijo: “He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener” (1 R. 8:27). Se dice que el cielo es la morada de Dios; el Antiguo Testamento dice también que el cielo es el lugar a donde van los creyentes cuando dejan este mundo. Hay un solo lugar en el Antiguo Testamento en el que se dice específicamente que una persona fue al cielo; la Biblia declara que Dios quiso llevar a Elías al cielo y lo llevó en un torbellino (2 R. 2:1-11).

Pero se debe notar que en la mayoría de los pasajes del Antiguo Testamento en los que aparece la palabra cielo, se usa para referirse al firmamento visible sobre nuestra cabeza. En el Nuevo Testamento, cielo a veces significa el firmamento, pero la mayoría de las veces se refiere a la morada de Dios y al lugar donde van los creyentes a estar con Dios. Es cierto que, en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo Testamento hay solo un lugar que habla de que los creyentes van directamente al cielo. En Apocalipsis 11, Juan escribe que vio que los dos testigos, que fueron muertos por su testimonio, fueron vueltos a la vida. Después, declara; “subieron al cielo en una nube” (v. 12).

Entonces, ¿cómo llegamos a decir que los creyentes “van al cielo”? Lo hacemos por varias razones: la Biblia dice que Jesús descendió del cielo (Jn. 3:13) y ascendió al cielo después de la resurrección (Lc. 24:51). Jesús nos ha prometido: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:2,3). Entonces, es apenas natural que digamos que el cielo es nuestro hogar, al cual iremos cuando dejemos este mundo.

Hay muchos pasajes en el Nuevo Testamento que hablan del cielo. Jesús le dijo al joven rico que vendiera todo lo que tenía, y le prometió: “tendrás tesoro en el cielo” (Mt. 19:21). Jesús habla de acumular tesoros en el cielo (Mt. 6:20); les prometió a los discípulos una gran recompensa en el cielo (Lc.6:23). Pablo habla de la esperanza reservada para nosotros “en el cielo” (Col. 1:5), y también Pedro (1 Pe 1:4). También Pablo dice que tenemos una casa eterna en el cielo (2 Co. 5:1).



Por eso, cuando muere una persona en la fe en Jesús, hablamos de un creyente que fue al cielo. ¿Dónde está el cielo? Muchas veces la gente se inclina a pensar que el cielo es algún remoto lugar del espacio exterior, fuera de alcance. Es una opinión común en la teología reformada. Pero poco antes de que Jesús subiera al cielo, les aseguró a los discípulos: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días” (Mt. 28:20). Entonces, está más de acuerdo con la enseñanza de la Escritura ver el cielo no como un lugar más allá de lo alcanzable en el espacio exterior, sino como otro reino de existencia. La Biblia nos dice que los ángeles buenos siempre contemplan el rostro de Dios en el cielo (Mt. 18:10); los ángeles buenos están con nosotros en la tierra. Así, los ángeles buenos siempre están en el cielo, aunque están con nosotros en la tierra.

La siguiente cita nos ayuda a comprender mejor lo que quiere decir la Escritura cuando dice, que el alma de un creyente va al cielo.

Al morir, no necesitaremos viajar largas distancias para contemplar el rostro de Dios; él está aquí en esta habitación con nosotros, y todo lo que se necesita es que obtengamos la clase de visión que lo hace visible para nosotros. En ese instante estaremos en el cielo y lo veremos como es. El velo que lo esconde de nosotros será levantado, y quizás el velo volverá a bajar detrás de nosotros, sacándonos de todas las miserias e incertidumbres que nos mortificaban aquí.<sup>1</sup>

Esa posición concuerda con los pasajes de la Escritura que hablan del bienaventurado estado del creyente después de la muerte. Jesús le dijo al ladrón en la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43). Pablo escribe: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros” (Flp. 1:23,24). El libro de Apocalipsis nos dice: “Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Ap. 14:13).

Entonces, los creyentes, cuando mueren, entran en el gozo consciente de ver a Dios. Debemos rechazar el error del *psicopanicismo*, que enseña el concepto de que el alma duerme, la idea de que los creyentes no son conscientes del bienaventurado estado al que han entrado. Es verdad que la Biblia habla de la muerte como un sueño (1 Co., 15:18; Job 14:12; Dn. 12:2; Lc. 8:52; 1 Co. 11:30), pero, el sentido aquí es que, a la manera como despertamos del sueño, despertaremos de la muerte.

Finalmente, la Biblia dice poco del estado de las almas entre la muerte y la resurrección, dirige nuestra atención primeramente al día del juicio y a los eventos que lo acompañarán. Pero, desde la perspectiva del tiempo, los creyentes pueden esperar el bienaventurado estado de gozo consciente con Dios, después de la muerte.

¿Serán conscientes las almas de los creyentes de lo que ocurra en la tierra después de que vayan al cielo? Un pasaje muy citado para decir que las almas de los creyentes no son conscientes de lo que está sucediendo en la tierra es Isaías 63:16: “Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre”. Pero, el pasaje no dice que Abraham es ignorante de nosotros, solo dice que si Abraham fuera ignorante de nosotros e Israel (Jacob) no nos reconociera, Dios siempre es nuestro Padre y Redentor.

Otro pasaje que se cita para decir que las almas de los creyentes son conscientes de lo que está ocurriendo en la tierra es Apocalipsis 6:9,10: “Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” Pero, esas palabras no prueban que las almas de los creyentes en el cielo sean conscientes de lo que ocurre en la tierra, simplemente indican que los santos difuntos saben que no ha venido el día del juicio.

Finalmente, la Biblia no nos responde la pregunta de si los santos en el cielo son conscientes de lo que está ocurriendo en la tierra. Sencillamente, tenemos que esperar hasta que el Señor lleve nuestra alma al cielo; entonces sabremos la respuesta.

En este punto debemos mencionar también las experiencias “cercanas a la muerte” referidas por personas que fueron reanimadas después de que su corazón se detuvo. Esas experiencias fueron referidas en las publicitadas obras de Elizabeth Kübler-Ross y otros. Muchos refieren que fueron halados hacia una luz brillante al final de un túnel; son experiencias referidas por creyentes y por incrédulos. La realidad es que los que rechazan a Cristo perecerán para siempre en el infierno (Mc. 16:15,16). En último análisis, no es una experiencia humana la que nos da la seguridad de la eternidad, sino las palabras y las promesas de nuestro Dios.

Cuando mueren los incrédulos, entran en los tormentos del infierno. Pedro dice que cuando Jesús descendió al infierno, “predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca” (1 P. 3:19,20). El rico fue al infierno (Lc. 16:23); allí estaba en tormento.

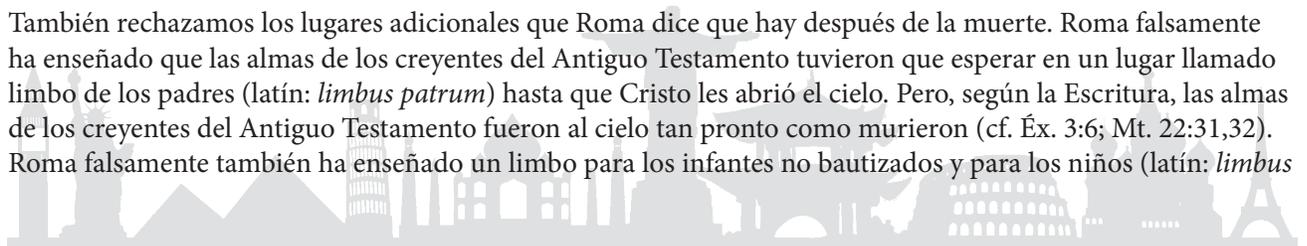
Eso nos lleva al juicio que ocurre en el momento de la muerte. La Escritura habla del gran juicio del último día del mundo (Mt. 25:32); pero también dice: “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Heb. 9:27). Los que mueren en Cristo entran al cielo; los que han rechazado a Cristo entran al infierno. Como somos criaturas limitadas por el tiempo, hablamos de un juicio privado que tendremos al morir y de un juicio público el último día del mundo.

No hay segunda oportunidad después de la muerte. Pablo escribe: “En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido” (2 Co. 6:2; Cf. también Heb. 9:27). Por eso rechazamos la enseñanza de los mormones de que las personas tienen la oportunidad de avanzar hacia un estado de vida de divinidad después de la muerte. Rechazamos la idea del espiritismo, de que las personas pueden progresar moralmente después de la muerte.

También debemos rechazar la idea de los fantasmas. Las almas de las personas están en el cielo o en el infierno; no vuelven a la tierra a espantar a la gente. Es cierto que Moisés y Elías aparecieron con Cristo en el Monte de la Transfiguración; quizás sea verdad que fue Samuel a quien el Señor envió de regreso para anunciar el juicio sobre el rey Saúl, pero esas fueron situaciones especiales y extraordinarias. En el caso de Moisés y Elías, no fueron espíritus, estuvieron en su estado glorificado mientras hablaban con Cristo. Si hay una actividad “fantasmal” que no se puede explicar en términos de fenómenos naturales, es actividad de demonios.

También rechazamos la idea de la reencarnación, que las almas vuelven a la tierra para vivir en otro cuerpo. Esa idea se enseñaba entre los griegos (Pitágoras, Platón), la enseñan el budismo y el hinduismo; no está de acuerdo con la Escritura. La reencarnación dice que uno debe alcanzar el *karma* antes del final de la vida, en el que el bien pesa más que el mal, para romper el ciclo de reencarnaciones y hacerse uno con el espíritu del universo. Eso le ofrece una triste perspectiva a la existencia de las personas; no hay esperanza de resurrección del cuerpo, hay la constante agonía de tratar de hacer lo suficiente para salvarse a uno mismo, hay el temor constante de reencarnar en un cuerpo mucho menos deseable que el cuerpo humano (como reencarnar en un animal). Considere la historia referida por unos hindúes, de un hombre que al final de su vida miró un ciervo, y en la vida siguiente regresó como un ciervo. No hay certeza del futuro.

También rechazamos los lugares adicionales que Roma dice que hay después de la muerte. Roma falsamente ha enseñado que las almas de los creyentes del Antiguo Testamento tuvieron que esperar en un lugar llamado limbo de los padres (latín: *limbus patrum*) hasta que Cristo les abrió el cielo. Pero, según la Escritura, las almas de los creyentes del Antiguo Testamento fueron al cielo tan pronto como murieron (cf. Éx. 3:6; Mt. 22:31,32). Roma falsamente también ha enseñado un limbo para los infantes no bautizados y para los niños (latín: *limbus*



*puerorum*) que, teniendo pecado original, no habían incurrido en pecados presentes. Roma sostuvo esa idea desde la edad media hasta el siglo 20. A la luz de la creencia romana de que se puede extender la salvación a personas de otras creencias, se ha abandonado el limbo para los niños no bautizados.

Roma también falsamente cree en el purgatorio; cree que Jesús pagó la deuda eterna de nuestro pecado, pero que resta una deuda temporal de pecado, que debe pagar el individuo. Los que no lo han hecho en esta vida, tendrán que ir al purgatorio, a pagar la deuda restante que tienen.

Roma reconoce que no hay base bíblica para esa doctrina; lo mejor que puede ofrecer es un pasaje de un libro apócrifo, 2 Macabeos: “Pues de no esperar que los soldados caídos resucitarían, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos [...] Por eso mandó hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados de pecado” (12:44,46 BJ). En la edad media, Roma enfatizó el carácter penal y expiatorio del purgatorio. La falsa doctrina fue enunciada por: el Segundo Concilio de Lyon (1274), el decreto del Papa Benedicto XII en 1336, y el Concilio de Florencia en 1439. El Concilio de Trento, en reacción al rechazo que hicieron los reformados de las oraciones por los muertos, falsamente insistió en que los actos de intercesión y el sacrificio de la misa ayudaban a las almas del purgatorio. El Vaticano II (1962 – 1965) aprobó tácitamente el purgatorio.

El purgatorio es una afrenta a la enseñanza bíblica de la salvación por gracia. Jesús pagó todo el precio de nuestros pecados, hizo un sacrificio, una vez, por los pecados de todos (Heb. 10:10-12). Los que creen en Cristo no necesitan más purificación del pecado, Jesús hizo todo. Es nuestro como un don gratuito por la fe en Cristo.

### **Cristo volverá para el juicio final**

La Biblia dice claramente que Jesús volverá a juzgar al mundo. Hasta Enoc, el séptimo desde Adán, lo profetizó. En Judas se nos dice que Enoc profetizó: “He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (vv. 14,15). [En lugar de traducir “vino el Señor”, la NVI y otras versiones dicen “el Señor viene” porque la profecía en la época del Antiguo Testamento usaba el tiempo pasado para afirmar la certeza de una profecía.] El Antiguo Testamento habla de la segunda venida de Cristo; Job declara: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo” (19:25). Los salmos hablan del regreso del Señor en el juicio (58:11; 75:7; 96:13). Los profetas del Antiguo Testamento hablan del “fin de todas las cosas” y del “día de Jehová”.

El Nuevo Testamento también habla claramente de la segunda venida de Cristo. En el discurso a los discípulos en el Monte de los Olivos, registrado en: Mateo 24, Marcos 13, y Lucas 21, Jesús habla de su venida al final del mundo. Hace énfasis en que habrá: un regreso final, la resurrección corporal final de todas las personas, y un juicio final. Este “Sermón del Monte” es básico en el estudio de las últimas cosas. Los ángeles les dijeron a los discípulos, en la ascensión de Cristo: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hch. 1:11).

Las epístolas mencionan frecuentemente la segunda venida de Cristo. Pablo declara: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Flp. 3:20). Sobre la segunda venida de Cristo, Pablo les dice a los tesalonicenses: “y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17). Pablo habla de la corona de justicia que el Señor le dará a él y “a todos los que aman su venida” (2 Ti. 4:8). Pedro habla de la segunda venida de Cristo, la destrucción del mundo, y de un cielo nuevo, y una tierra nueva (2 P. 3:10-13). Todo el libro de Apocalipsis habla de la segunda venida de Cristo.



Las confesiones luteranas también hablan de nuestra creencia en la segunda venida de Cristo. Cada uno de los credos ecuménicos confiesa nuestra creencia en que Cristo volverá. El artículo XVII de la Confesión de Augsburgo declara la creencia de que Cristo volverá. También condena el error del milenialismo.

La primera venida de Cristo ocurrió en silencio y gran humildad (Lc. 2); su segunda venida será en gran gloria para que todos lo vean. Como dice Jesús: “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.” (Mt. 24:30-31). Todas personas, lo quieran o no, reconocerán a Jesús como el Señor del universo. Los no creyentes en él temblarán con temor cuando contemplen su segunda venida, como lo vio Juan en el Apocalipsis: “y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Ap. 6:16,17; cf. Is. 2:19).

Dios ha determinado, cuándo vendrá el fin. No está sentado en el cielo tratando de encontrar el mejor momento para la segunda venida de Cristo; en este momento ya está fijado. Como les dijo Pablo a los atenienses: “Él ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia, por medio del hombre que ha designado” (Hch. 17:31 NVI). Dios conoce el día, ¿lo conoce Jesús? Se hace la pregunta porque Jesús dijo; “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Mc. 13:32). Se debe notar que Jesús dijo estas palabras en su estado de humillación. Desde la concepción hasta la tumba, Jesús no hizo uso pleno ni constante de los poderes, que su naturaleza humana recibió de la naturaleza divina. El conocimiento de cuándo vendrá el último día, le fue dado a la naturaleza humana de Cristo por su naturaleza divina (Col 2:3; 9). Jesús decidió no usar ese conocimiento durante su estado de humillación. Desde que Jesús comenzó su estado de exaltación, ha hecho pleno uso de los poderes que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina. Jesús, en su exaltación, sabe cuándo vendrá el día del juicio.

Pero nosotros no sabemos y no podemos saber cuándo volverá Cristo; quien diga que lo sabe es un falso profeta. Los Adventistas del Séptimo Día y los Testigos de Jehová, trataron de predecir la fecha de la segunda venida de Cristo; se equivocaron en las predicciones y eso es una confirmación de que no enseñan la verdad de la Escritura. La iglesia espera con ansiedad la segunda venida de Cristo, pero el momento de su venida permanece oculto en el consejo de la Trinidad.

Desde que Cristo vino por primera vez, hemos estado viviendo los últimos días del mundo. Los últimos días del mundo no son un periodo de tiempo que esté por venir; el escritor a los hebreos dice: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Heb. 1:1,2). Los últimos días del mundo abarcan todo el tiempo entre la primera y la segunda venidas de Cristo; son lo que el Apocalipsis 20 llama “mil años”. En la Escritura, el número 10 indica plenitud; cuando se eleva 10 al cubo, indica la suma total de los días contenidos en la era del Nuevo Testamento.

Jesús y sus apóstoles dijeron que habrá señales que nos servirán para recordar constantemente la segunda venida, que ocurrirán durante toda la era del Nuevo Testamento. Esas señales caen en tres categorías. Señales en: la naturaleza, la sociedad, y la iglesia. Las señales que dice Jesús que ocurrirán en la naturaleza son: terremotos, inundaciones, y perturbaciones en los cuerpos celestes. Las señales en la sociedad son: hostilidad general entre las naciones, guerras, plagas, hambres, y persecución a la iglesia cristiana. Las señales que dijo Jesús que ocurrirán en la iglesia son: falsos maestros, apartarse del evangelio, y el surgimiento del Anticristo (cf. Mt. 24; 2 Ti. 3:1-4; 2 Ts. 2). Esas señales abarcan la era del Nuevo Testamento; cada vez que ocurren, son como un llamado a la puerta, que nos hace saber que Cristo viene.



¿Hay señales que todavía tengan que cumplirse antes de la segunda venida de Cristo? Algunos dicen que sí; señalan las palabras de Jesús: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mt. 24:14). Pero, Pablo dice en la carta a los Colosenses: “Este evangelio está dando fruto y creciendo en todo el mundo” (1:6 NVI). “[E]vangelio que habéis oído [...] se predica en toda la creación que está debajo del cielo” (1:23). Por eso, podemos decir que Cristo puede venir en cualquier momento, antes de que termine de leer esta página; también puede venir en un momento posterior.

La Escritura nos enseña la inminencia de la segunda venida de Cristo; podría ocurrir en cualquier momento. La Escritura indica que Jesús vendrá súbitamente, como ladrón en la noche (1 Ts. 5:2); vendrá cuando la gente no lo espere, como vino súbitamente el diluvio sobre la gente en los días de Noé (Mt. 24:37-39). Pedro advierte que habrá burlones que pondrán en duda la segunda venida de Cristo; olvidan que los tiempos del hombre no son los tiempos del Señor. El Señor no ha venido aun porque desea la salvación de todos los pecadores; pero: vendrá, el mundo terminará, y ocurrirá el juicio (2 P. 3:3-10).

La iglesia espera la segunda venida de Cristo: “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:13,14). Nuestro Señor prometió regresar, dijo: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Ap. 22:12). Con toda la iglesia, respondemos: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Ap. 22:20).

### El error del milenialismo, examinado a la luz de la Escritura

#### *Breve historia del milenialismo*

El término *milenio* se deriva de las palabras latinas *mille* (mil) y *annus* (año). La palabra *quiliasmo* viene de la palabra griega *χίλια* [jília] que significa “mil.” Ambos términos se refieren a la creencia que algunos sostienen que de que habrá un periodo de mil años durante el cual vendrá un tiempo de gran paz y prosperidad sobre la tierra. En los primeros versículos de Apocalipsis 20, hay seis referencias a un periodo designado como “mil años”; durante ese periodo, dice Juan que Satanás estará atado y reinará Cristo. Dice también que todos los que participaron en la primera resurrección reinarán con Cristo. En esta sección Juan ve realmente un cuadro de la era del Nuevo Testamento; los mil años representan el tiempo total entre la primera y la segunda venida de Cristo. Satanás fue atado cuando Jesús rompió el poder que tenía sobre nosotros, por medio de su redención y de la predicación del evangelio. La primera resurrección es la nueva vida espiritual de los pecadores cuando son llevados a la fe en Jesús.

Pero, los milenialistas creen que Apocalipsis 20 predice una era dorada de paz y prosperidad. Los milenialistas están divididos en dos grandes escuelas: los *premilennialistas* creen que Jesús volverá y podrá en movimiento una edad milenial; los *postmilennialistas* creen que volverá al final de los mil años; dicen que antes de que Jesús venga, la iglesia transformará la sociedad: la guerra, la pobreza, el crimen, y la enfermedad, serán erradicados; la iglesia tendrá un éxito sin paralelo, al final del milenio: vendrá Cristo, resucitará a los muertos, y presidirá el juicio final.

¿Dónde se originó el milenialismo? La Confesión de Augsburgo habla del origen de este error, declara: “Asimismo se rechazan algunas doctrinas judaicas y que actualmente aparecen, las cuales enseñan que, antes de la resurrección de los muertos, solo los santos y piadosos ocuparán un reino mundano y aniquilarán a todos los impíos” (XVII: 5). Los orígenes del milenialismo se encuentran en la literatura apócrifa y pseudoepígrafa judía, que apareció en los siglos precedentes y siguientes, inmediatos al nacimiento de Cristo. Los judíos del tiempo de Jesús esperaban un Mesías terrenal que les ayudara a expulsar el gobierno de Roma, querían un reino como el que tuvieron en los días de David y de Salomón.

Algunos dicen que los judíos derivaron su pensamiento milenialista del zoroastrismo persa (Zoroastro nació hacia el 600 a.C.); sus enseñanzas fueron prominentes en los imperios babilónico y persa, en la época que los judíos estaban en cautividad en Babilonia. Es posible que los que decidieron permanecer en Babilonia, quedarán bajo esta influencia. Pero, el milenialismo apela en últimas a la carne pecaminosa; desde la antigüedad, la gente ha tratado de construir un cielo en la tierra; actualmente hemos visto que el movimiento del evangelio social y la teología de la liberación, han tratado de construir un cielo en la tierra. Los milenialistas están tratando de hacer lo mismo.

Tenemos un ejemplo de las expectativas mileniales de los judíos en el libro pseudo epigráfico de 1 Enoc (los libros pseudoepigráficos son libros supuestamente escritos por creyentes en la época antiguotestamentaria como Enoc). Ahí, habla de prosperidad en la que los viñedos darán vino en abundancia, cada medida de semillas rendirá cien, cada medida de olivas rendirá diez medidas de aceite (cf. 1 Enoc 10:18 – 11:2).

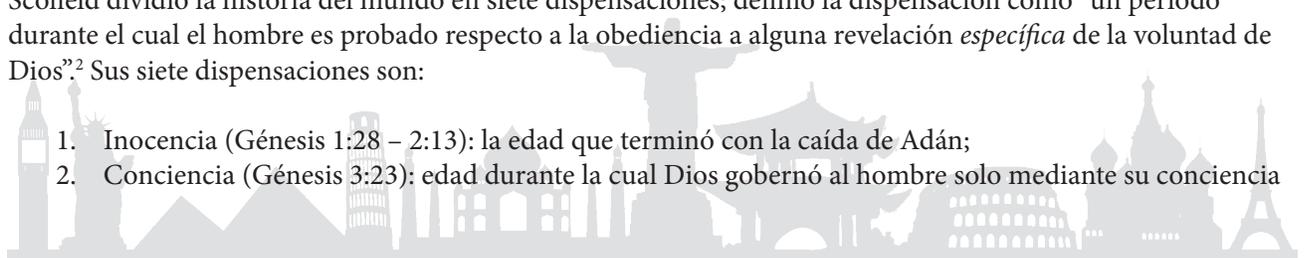
Los milenialistas afirman que desde la época de los apóstoles hasta Agustín (354 – 430), la iglesia fue predominantemente milenial. Aunque es verdad que la iglesia primitiva tenía una expectativa viva de la inminencia de la venida de Cristo, no es verdad que la iglesia de ese periodo fuera predominantemente milenialista. Pero hubo milenialistas en la iglesia primitiva: Papías (70 – 155, obispo de Hierápolis en Frigia), Justino Mártir (c. 100 -c. 165), Ireneo (c. 120 – 202), los montanistas (liderados por Montano [siglo 2], y dos profetisas, Prisca y Maximilla), Tertuliano (155 – 220), y Lactancio (260 – 330), la última gran representación literaria del antiguo milenialismo. Los padres de la iglesia Jerónimo (c. 331 – 420) y Agustín (354 – 430), se opusieron vigorosamente a la enseñanza milenialista. Las posiciones de Agustín dominaron la teología de la Edad Media. Ocasionalmente, el milenialismo levantó la cabeza. Lutero y Calvino lo condenaron. El milenialismo apareció en la época de Lutero en las enseñanzas de: Carlstadt, Zwinglio, y los anabaptistas de la época, incluyendo a Thomas Muenzer y los profetas de Zwickau: Nicholas Storch, Thomas Drechsel, y Marcus Stuebner. El artículo XVII de la Confesión de Augsburgo condena el milenialismo.

Los menonitas, que vienen de los anabaptistas, adoptaron el milenialismo, como hicieron los congregacionalistas ingleses. Philip Spener (1635 – 1705), padre del pietismo, movimiento que surgió en el luteranismo alemán fue también milenialista. Johann Loehe de Neuendettelsau, Alemania, que contribuyó a la fundación del Sínodo de Iowa, fue milenialista. Como el Sínodo de Iowa fue uno de los participantes en la formación de la Iglesia Luterana Americana [ALC, abreviatura en inglés] en 1930, en la ALC siempre se ha tolerado el milenialismo. El Dr. Michael Reu (1869 – 1943), principal teólogo del Sínodo de Iowa y autor de *Lutheran Dogmatics*, fue milenialista. La Iglesia Luterana en America y sus primeros cuerpos han tolerado el milenialismo. Entonces, no sorprende encontrar que la ELCA [Iglesia Evangélica Luterana en América] de hoy vea también el milenialismo como una cuestión pendiente.

La *Biblia de Referencia Scofield* popularizó el milenialismo; esta Biblia contiene el texto bíblico con un sistema de notas que adoptó la enseñanza de John Darby (1800 – 1882), inglés que fue uno de los líderes de los Plymouth Brethren [hermanos de Plymouth]. Cyrus Scofield (1843 – 1921) popularizó las enseñanzas de Darby. Scofield fue un abogado convertido al cristianismo a la edad de 36 años; tres años después fue ordenado por un concilio congregacional, aunque no tenía capacitación teológica formal; en 1909 publicó la *Biblia de Referencia Scofield*. En 1984 apareció una adaptación basada en la Nueva Versión Internacional [es decir la NIV, la versión en inglés; también se ha publicado en base de la Reina-Valera, edición de 1960].

Scofield dividió la historia del mundo en siete dispensaciones; definió la dispensación como “un periodo durante el cual el hombre es probado respecto a la obediencia a alguna revelación *específica* de la voluntad de Dios”.<sup>2</sup> Sus siete dispensaciones son:

1. Inocencia (Génesis 1:28 – 2:13): la edad que terminó con la caída de Adán;
2. Conciencia (Génesis 3:23): edad durante la cual Dios gobernó al hombre solo mediante su conciencia



- y la poca revelación que había tenido en el paraíso; edad que terminó con el diluvio;
3. Gobierno humano (Génesis 8:20): edad en la que se estableció el gobierno por la introducción de la pena capital; terminó con la destrucción de Sodoma;
  4. Promesa (Génesis 12:1): edad en que Dios le dio a Abraham y a sus descendientes la promesa de toda bendición, terminó cuando “Israel aceptó precipitadamente la ley”;
  5. Ley (Éxodo 19:8): la edad que se extiende del Sinaí al Calvario, desde el éxodo hasta la cruz, cuando Israel fue probada por la ley;
  6. Gracia (Juan 1:17): edad que comienza con la muerte y resurrección de Cristo, en la cual la aceptación o rechazo de Cristo es el punto de prueba, que terminará con el juicio del mundo incrédulo y de la iglesia apóstata;
  7. Reino (Ef. 1:10): edad que comienza cuando Cristo vuelva a restaurar la monarquía davídica en su persona, reúna a Israel dispersa, establezca su poder sobre toda la tierra, y reine mil años, que termina con el comienzo del eterno “reino de Dios”.<sup>3</sup>

La *Biblia de Referencia Scofield* ha contribuido mucho a la difusión de las opiniones del milenialismo, pero, no es un sistema de doctrina tomado de la Biblia, sino un sistema humanamente inventado que se ha impuesto a la Biblia.

También el mormonismo enseña el milenialismo. Joseph Smith, su fundador, publicó su posición milenialista en 1842, dos años antes de morir. Los Testigos de Jehová también son fuertemente milenialistas. Este autor le preguntó una vez a un testigo de Jehová: “si usted muriera esta noche, ¿está seguro de que iría al cielo?” Él contestó; “¿Quién puede pensar en el cielo cuando tengo un milenio para esperarlo?” El milenialismo ha hecho profundas incursiones en el fundamentalismo y el evangelicalismo, lo mismo que en cuerpos eclesíásticos: bautistas, metodistas, presbiterianos, pentecostales, y de santidad.

Hay varias razones por las que los grupos fundamentalistas han abrazado el milenialismo con tanto vigor. En primer lugar, es una reacción contra la teología liberal que ha quitado la escatología de su teología. El fundamentalismo ha reaccionado haciendo de la escatología el centro de su teología. Los teólogos liberales del siglo 20 reinterpretaron la Biblia de forma psicológica y sociológica. A todo en la Escritura se le dio un significado simbólico. Los fundamentalistas se fueron al extremo opuesto, han defendido la interpretación literal de la Escritura, que no permite ningún lenguaje figurado. Finalmente, el surgimiento del estado de Israel (mayo 14 de 1948) ha alimentado los fuegos del milenialismo entre los fundamentalistas, que creen que Israel sigue siendo el pueblo escogido de Dios.

*El milenialismo ignora las leyes de interpretación propias de la Biblia*

La Biblia es su propio intérprete. Eso indica que la tenemos que tomar literalmente, excepto en los lugares donde ella indica que debemos tomarla en sentido figurado o simbólico. Los milenialistas dicen que toman la Biblia literalmente; nos acusan de alegorizar o espiritualizar pasajes que, dicen ellos, hablan de: un futuro gobierno justo sobre la tierra, la restauración de Israel como entidad política, y el reino de Cristo sobre la tierra durante mil años. Pero los milenialistas son culpables de literalismo craso; ignoran las claras indicaciones que da la Biblia cuando habla figurativa o simbólicamente; toman las cosas literalmente cuando les place, e ignoran el mensaje literal de la Escritura cuando no les place. Debemos tomar literalmente la Escritura, no literalísticamente. Es literalístico pretender que las imágenes y símbolos se deban tomar literalmente.

Un principio básico de la interpretación bíblica es que la interpretación de un pasaje figurativo de la Escritura no puede atreverse a contradecir lo que dice un pasaje claro; por eso, cuando algunos interpretan una sección figurativa de la Escritura para decir que vendrá un tiempo en el que no habrá guerra sobre la tierra (Is. 2:4), violan los claros pasajes que dicen que la guerra estará siempre con nosotros hasta el fin (Mt. 24:6,7).

Se debe observar este principio especialmente cuando se interpretan libros ricos en simbolismo, como: Daniel, Ezequiel, Zacarías, y Apocalipsis. En esos libros, muchos símbolos y números encuentran su interpretación por el contexto en que ocurren y por comparación con otros pasajes de la Escritura que tratan el mismo tema, pero no en lenguaje simbólico. Es importante tener en cuenta el propósito de un libro; el libro de Apocalipsis consiste en: introducción, siete visiones, y conclusión. Cada visión abarca toda la era del Nuevo Testamento. No se deben considerar las siete visiones como si ocurrieran cronológicamente una después de otra; las visiones nos dan una vista panorámica de toda la era del Nuevo Testamento. Cada visión habla de pruebas que preceden a la victoria final de Cristo. Cada visión nos da un panorama global de la era del Nuevo Testamento desde una perspectiva diferente.

Los números que se dan en el libro de Apocalipsis son simbólicos; se tienen que considerar en el contexto y en relación con otros pasajes de la Biblia. El *Siete* se asocia con lo santo, una característica sobresaliente del pacto de Dios con su pueblo escogido (siete: iglesias, espíritus, estrellas, candeleros, cartas, visiones). El *Tres* se refiere a una triple disposición, como la que se encuentra en el número de personas de la Divinidad (Santo, Santo, Santo: 4:8). El *cuatro* está conectado con la tierra, sus: cuatro vientos, cuatro esquinas, cuatro criaturas vivientes, cuatro clases de personas (6:1; 7:1; 7:9). *Tres y medio* se asocian con las fuerzas del mal que oprimen la tierra (11:11); se incluyen los 42 meses que comprenden los tres años y medio (11:2) y los 1,260 días que se encuentran en el mismo periodo (11:3, 12:6). El *doce*, con sus múltiplos (24, 144, 12,000, 144,000) se asocia con toda la iglesia en la tierra (4:4; 7:4; 14:1). El *diez* con su cubo (10 x 10 x 10) es el número de la plenitud (2:10; 5:11; 20:2-7). El número *mil* representa todo el período del Nuevo Testamento.

#### *Premilenialismo y postmilenialismo*

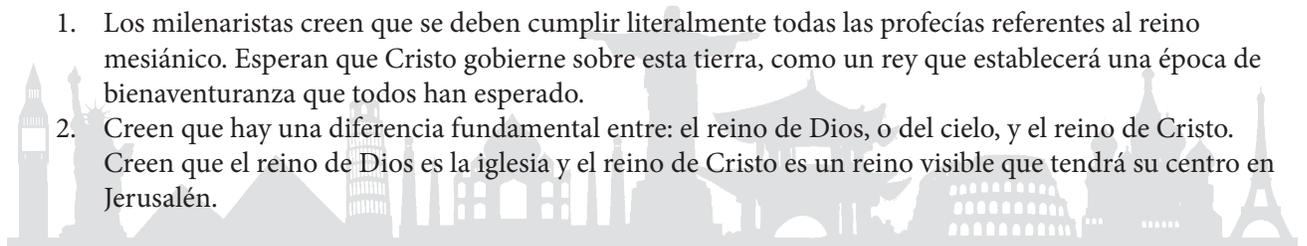
Los *premilencialistas* creen que Cristo volverá al comienzo de los mil años para inaugurar el milenio. Algunos creen que volverá secretamente durante la “gran tribulación”, un periodo de siete años de gran aflicción sobre la tierra, anterior al milenio. Creen que resucitará a los que murieron en la fe y sacará a los creyentes de la tribulación de esta tierra. Después de los siete años de la gran tribulación, Cristo comenzará su reinado visible universal de justicia y paz sobre la tierra, durante mil años. Dicen que hará que Jerusalén sea el centro de su gobierno; creen que habrá conversión general de los judíos. Al final de los mil años, creen que Satanás, que habrá estado atado durante ese tiempo, será desato durante un tiempo, para el asalto final a la iglesia. Finalmente, Satanás será vencido. Personas como: Billy Graham, Jerry Falwell, Pat Robertson, y Hal Lindsey, adoptan esa posición

Los *postmilenialistas* creen que la venida final de Cristo será después del milenio. Creen que el milenio consiste en la reducción gradual del mal y el mejoramiento gradual de las condiciones: sociales, políticas, y económicas, sobre la tierra. Eso terminará con un corto tiempo de gran tribulación después del cual vendrá Cristo a juzgar la tierra y establecer su reino eterno, con cielo nuevo y tierra nueva. El postmilenialismo parece que se está extinguiendo después de la segunda guerra mundial, porque es evidente que el mundo no está mejorando de ninguna manera.

#### *Las suposiciones del premilenialismo*

Hay cinco premisas básicas con las que operan los premilenialistas en su interpretación literalística de la Escritura. Esas suposiciones los llevan a esperar un reino terrenal de Cristo.

1. Los milenaristas creen que se deben cumplir literalmente todas las profecías referentes al reino mesiánico. Esperan que Cristo gobierne sobre esta tierra, como un rey que establecerá una época de bienaventuranza que todos han esperado.
2. Creen que hay una diferencia fundamental entre: el reino de Dios, o del cielo, y el reino de Cristo. Creen que el reino de Dios es la iglesia y el reino de Cristo es un reino visible que tendrá su centro en Jerusalén.



3. Creen que Israel tuvo tres propósitos que cumplir. Dos fueron producir al Salvador y darnos la Biblia, y que el tercero es ser luz de los gentiles (Is. 43:12; 66:19). Dicen que Israel no puede cumplir este propósito hasta que se convierta. Por eso es tan importante Israel en las enseñanzas premilenialismo moderno.
4. Creen que el Señor transformará al mundo por su omnipotente poder, para que acepte su Señorío; dicen que la influencia de Cristo será tan universal que hasta los arreos de los caballos llevarán la inscripción “SANTIDAD A JEHOVÁ” (Zac. 14:20).
5. Creen que el milenio es el reino terrenal de bienaventuranza universal. Creen que será terrenal porque interpretan pasajes que hablan de la naturaleza espiritual del reino de Cristo en términos del reino terrenal, por ejemplo Isaías 2:4: “volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces”.

### *Tres tipos de milenialismo*

Cuando una persona estudia el milenialismo, nota que hay poca unanimidad entre los que proponen ese error. Cada milenialista tiene sus propias opiniones sobre lo que ocurrirá. Eso no debe sorprender cuando se exalta la interpretación personal de la Escritura sobre la que la misma Biblia enseña. Algunos sostienen *la forma más tosca del milenialismo*, que espera gran prosperidad material sobre la tierra. Hal Lindsey, autor de *The Late Great Planet Earth* [La Agonía del Gran Planeta Tierra], defiende esa posición. Está *la forma tosca del milenialismo*, que espera gran prosperidad espiritual sobre la tierra. Finalmente, está *la forma sutil*, que sencillamente espera mejores tiempos antes del fin del mundo.

### *Los eventos que esperan los premilenialistas*

*La gran tribulación y el rapto*: Los premilenialistas esperan un periodo de siete años de gran tribulación que vendrá sobre la tierra (Dn. 9:27; Mt. 24:21). En la mitad del periodo de siete años, surgirá un gran dictador, el Anticristo. Describen el periodo de siete años como el de más grande: pestilencia, derramamiento de sangre, y escasez, que haya conocido el mundo. Dicen que quienes no tengan la marca del Anticristo en su cuerpo no podrán comprar ni vender (Ap. 13:16,17). Pero, toda la era del Nuevo Testamento es un periodo de gran tribulación para la iglesia (Hch. 14:22; Ap. 7:14).

Algunos creen que antes de que comience la gran tribulación, vendrá Cristo invisiblemente para *raptar* (sacar) a los creyentes de la tierra, y así no tendrán que sufrir las pruebas de la gran tribulación. Se los llama *rapturistas de pretribulación*. Hay también los que creen que Cristo vendrá en la mitad de los siete años, son los llamados *rapturistas de la mediotribulación*. Hay también los que creen que Cristo vendrá al final de los siete años de tribulación, son los llamados *rapturistas de la postribulación*.

La idea del rapto es una falsa interpretación de lo que dice Pablo en 1 Tesalonicenses 4:15-17, donde escribe: “Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

La palabra que usa Pablo para decir que los creyentes serán “arrebatados” se tradujo en la Vulgata (traducción de la Biblia al latín hecha por Jerónimo, padre de la iglesia hacia el año 400) con la palabra *rapiemur*, que significa “tomados por la fuerza o agarrados.” La palabra *rapto* comunica el mismo pensamiento. Los creyentes resucitarán para encontrar a Cristo en el aire, no antes sino en el último día del mundo. Podríamos decir, entonces, que habrá un “rapto”, pero al final del tiempo. Los milenialistas están en un error en cuanto al momento y la naturaleza del rapto.

La idea del rapto ha sido promovida por hombres como: Hal Lindsey (*The Late Great Planet Earth* [La Agonía del Gran Planeta Tierra]), Salem Kirban (*Guide to Survival* [Guía para la supervivencia]), Tim LaHaye y Jerry Jenkins (the Left Behind series [La Serie: Dejadados Atrás]: *Left Behind* [Dejadados Atrás], *Tribulation Force* [El Comando Tribulación], *Nicolae* [Nicolás], *Soul Harvest* [La morada], *Apollyon* [El Poseído], *Assassins* [Asesinos], *The Indwelling* [La Morada], *The Mark* [La Marca], etc.). [Los Libros *Guide to Survival* [Guía para la supervivencia] y *The Indwelling* [La morada] no existen en español.]

*La primera resurrección:* Los premilenialistas la toman como el momento cuando, antes del período de la gran tribulación, Cristo resucitará: a los que han muerto en la fe en él hasta ese momento, o solo los mártires, o solo un número de elegidos, para reinar con él. Pero, la Escritura habla de una sola resurrección: la resurrección final en el último día (Mt. 24:31). Los milenialistas interpretan mal Apocalipsis 20:4,5, que habla de las “almas” sentadas en “tronos”, de los que fueron “decapitados por causa del testimonio de Jesús”. Son los que sufrieron martirio. “La bestia o su imagen” son las fuerzas destructoras de Satanás (capítulo 13). La vida de los creyentes que viven y reinan “con Cristo mil años” es su existencia continua con Cristo en el cielo, después de la muerte, durante la era del Nuevo Testamento (Lc. 23:43; Flp. 1:23; 2 Ti. 4:6-8). “Los demás muertos” son los que murieron en incredulidad. “La primera resurrección” es la nueva vida espiritual de los pecadores cuando son llevados a la fe en su Salvador (Ro. 6:1-11; Ef. 2:4,5; Col. 3:1).

*La batalla de Armagedón:* Es una batalla que los premilenialistas piensan que ocurrirá al final de la gran tribulación. Dicen que es un juicio de Dios sobre los enemigos de Israel, que la atacaron. Interpretan mal Apocalipsis 16:16; el contexto es este: la visión de las siete copas, que comienza en el capítulo 16, es representación del juicio de Dios sobre el mundo incrédulo. La sexta copa de la ira de Dios se vierte sobre el río Éufrates. Durante los días del Antiguo Testamento, las mayores amenazas sobre Israel venían de esa región: Asiria, Babilonia, y Persia. Los reyes del oriente, lo mismo que los reyes de todo el mundo están citados para dar la batalla contra el pueblo de Dios, convocados por espíritus demoniacos que salieron de las fauces del dragón, la bestia (del mar), y por el falso profeta (la bestia de la tierra). En los capítulos 12 y 13, se describen esos tres grandes enemigos de la iglesia. La guerra para la que esos reyes del mundo entero se reúnen se llama “la batalla del gran día del Dios Todopoderoso” (16:14).

El gran día del que se habla es el día del juicio. Así lo indica la declaración: ¡Cuidado, vengo como un ladrón! Juan escribe: “Entonces los espíritus de los demonios reunieron a los reyes en el lugar que en hebreo se llama Armagedón” (16:15,16 NVI). Esa palabra solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento, y no se encuentra en el Antiguo Testamento. Reproduce dos palabras hebreas: *Har* (montaña) y *Megido*, una ciudad del valle de Jezreel. La montaña más famosa cercana a Megido era el Monte Carmelo, donde Elías se reunió con los profetas de Baal (1 R. 18). Allí, el profeta del Señor se enfrentó a 400 profetas de Baal y 450 profetas de Asera; el profeta del Señor salió victorioso. De manera similar, Satanás y sus fuerzas, que sobrepasan en número a la iglesia, serán destruidos el último día. Los milenialistas se equivocan también aquí en cuanto al momento y la naturaleza del evento.

*La restauración de Israel y la conversión de los judíos:* Los premilenialistas creen que el establecimiento de Israel como estado independiente en 1948 fue el cumplimiento de profecías del Antiguo Testamento (Dt. 30:1-6; Is. 11:11,12; Jer. 23:3-8; Ez. 37:21; Am. 9:14,15; Zac. 10:10). Es cierto que Dios llevó un remanente de su pueblo de regreso a Jerusalén, para que se pudieran cumplir las promesas del Salvador. Pero después de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70, volvieron a ser dispersados. El cumplimiento de las profecías de la restauración de Israel se encuentra en la iglesia, no en la nación física de Israel. “La creencia de que los profetas predicen: el regreso literal de los judíos a Palestina, la reconstrucción literal de las ciudades devastadas de Judá e Israel, la recolección literal de cosechas enormes, la restauración literal del templo de Jerusalén con la re-institución de las ceremonias y los sacrificios mosaicos; todo eso es una trágica falsa interpretación de profecías bellas y altamente significativas de la venida del Salvador y de su reino de gracia.”<sup>4</sup>



Los premilenialistas también esperan la conversión masiva de los judíos. Algunos creen que, durante la gran tribulación, los judíos, en particular, sufrirán persecución. Creen que cuando Dios derrame su ira sobre las naciones, Israel aceptará a Cristo (Ro. 11:26). Se debe notar que Pablo no dice: “Y entonces todo Israel será salvo”, dice: “De esta manera todo Israel será salvo” (NVI). “Todo Israel” se refiere al Israel espiritual de Dios, comprendidos los judíos y los gentiles creyentes en Cristo.

*Los mil años:* Los milenialistas toman literalmente este número, pero no toman literalmente otros elementos de Apocalipsis 20. No creen que Satanás esté atado con una cadena literal, porque es espíritu. Se centran en el reinado de los creyentes con Cristo, pero olvidan que Juan habla de las almas de los que han sido decapitados, que reinan con Cristo. Los mil años son sencillamente la suma total del tiempo de la era del Nuevo Testamento (10 x 10 x 10, un número simbólico que representa plenitud).

Los premilenialistas esperan un reino visible de Cristo sobre la tierra durante mil años. Esperan varias cosas: algunos, como Hal Lindsey, esperan gran prosperidad física en la tierra, la “Gran Sociedad” en perfección [“Gran Sociedad” era un lema político usado durante la década de los 1960 en los Estados Unidos]. Otros, simplemente esperan gran prosperidad espiritual para la iglesia. Pero, eso no es lo que nuestro Señor prometió para los últimos días: “Se levantará nación contra nación, y reino contra reino” (Mt. 24:7). “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios” (2 Ti. 3:1-4). Los *últimos días* constituyen toda la era del Nuevo Testamento. Así, el sueño de los milenialistas es una ficción de su imaginación, el deseo de un cielo sobre la tierra. Eso nunca ocurrirá en este mundo de pecado.

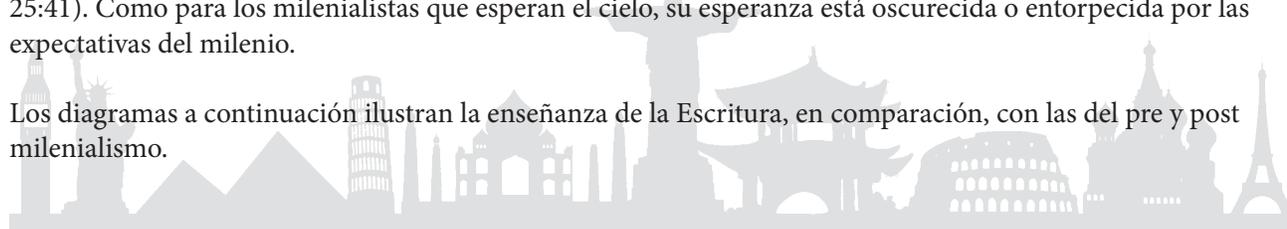
*Satanás es liberado,* Gog y Magog se reúnen para la batalla: Los premilenialistas creen que, hacia el final del milenio, Satanás será liberado durante un corto tiempo, que reunirá sus fuerzas para atacar a Cristo y a su iglesia. Algunos han tratado de identificar a Gog y Magog como las actuales Rusia y China. Los premilenialistas están equivocados en cuanto la naturaleza de esa batalla.

Apocalipsis 20 dice que Satanás será liberado hacia el final de la era del Nuevo Testamento, habrá un desarrollo sin precedentes de las fuerzas anticristianas, que Satanás reunirá de todas partes del mundo en su asalto final a la iglesia. Gog y Magog, mencionados en Ezequiel 38 y 39 y Apocalipsis 20, son enemigos simbólicos de Cristo, que unirán fuerzas con el propósito de destruir al pueblo de Dios en el poco tiempo en que Satanás es liberado. La iglesia luchará contra las fuerzas del mal como nunca antes, hasta que Dios traiga el juicio final que ponga fin al diablo y a todos sus enemigos. Eso marcará, el fin del mundo y el juicio final de Satanás y sus seguidores, que serán enviados a tormento eterno en el infierno.

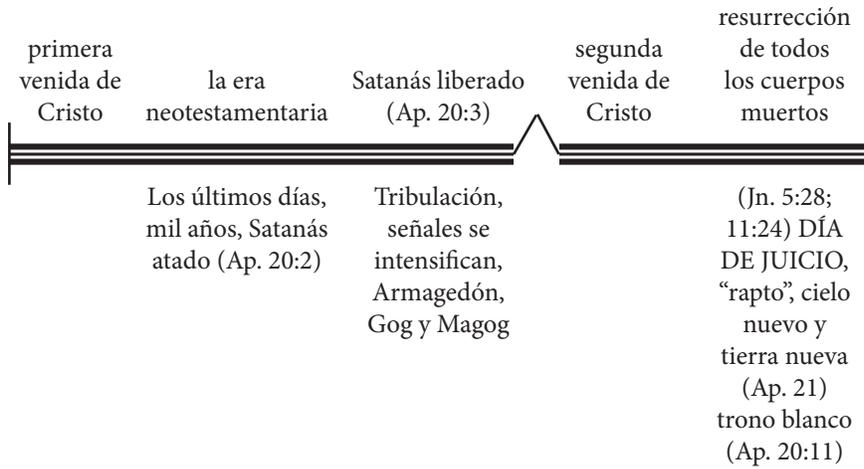
*La segunda resurrección:* Algunos esperan que la resurrección del resto de los muertos ocurra antes del juicio final; otros esperan la resurrección de los incrédulos para que tengan una segunda oportunidad de decidirse por Cristo. Nuevamente, la Biblia habla de una resurrección el último día; no habrá segunda oportunidad; quedarán sellados el fin de la vida en este mundo y nuestro destino (2 Co. 6:2; Heb. 9:27).

*Cielo, infierno, o aniquilación:* Los premilenialistas hablan de cielo e infierno después del juicio final; los Testigos de Jehová niegan la existencia del infierno, creen que al final del milenio, Satanás y los incrédulos serán aniquilados. Están equivocados, porque la Escritura habla de tormento eterno, que no termina (Mt 25:41). Como para los milenialistas que esperan el cielo, su esperanza está oscurecida o entorpecida por las expectativas del milenio.

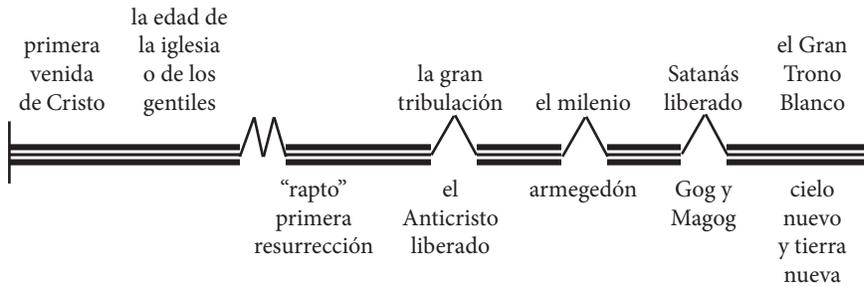
Los diagramas a continuación ilustran la enseñanza de la Escritura, en comparación, con las del pre y post milenialismo.



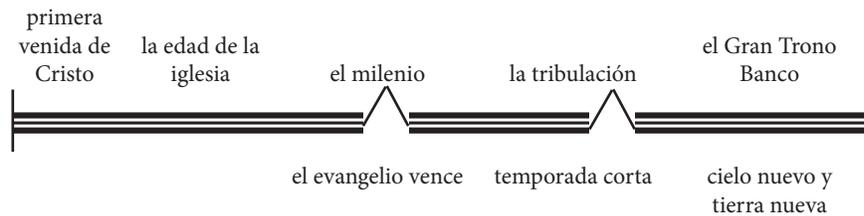
*El amilenialismo: la enseñanza de la Escritura—la creencia de que no habrá reino físico o literal de Cristo en la tierra durante mil años literales antes del día del juicio.*



*Premilenialismo: la creencia de que Cristo regresará antes del milenio para raptar la iglesia antes de la gran tribulación.*



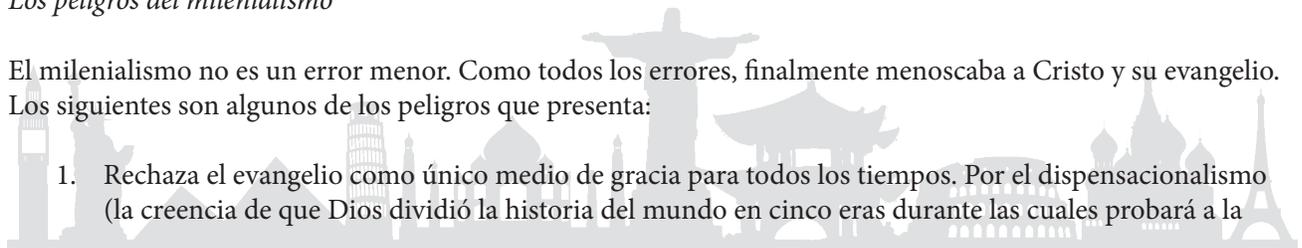
*Postmilenialismo: Cristo regresa después del milenio y la tribulación. Habrá una utopía sobre la tierra antes de que Cristo venga.*



*Los peligros del milenialismo*

El milenialismo no es un error menor. Como todos los errores, finalmente menoscaba a Cristo y su evangelio. Los siguientes son algunos de los peligros que presenta:

1. Rechaza el evangelio como único medio de gracia para todos los tiempos. Por el dispensacionalismo (la creencia de que Dios dividió la historia del mundo en cinco eras durante las cuales probará a la



gente en relación con un mandato específico), el milenialismo sostiene que Dios tiene un medio diferente en cada era para lograr su propósito de salvación. Dios tiene un medio diferente en cada época para cumplir su propósito de salvación.

2. El milenialismo completamente tiene un falso sentido de la historia, hace de la nación física de Israel el centro de la historia, no a la iglesia.
3. Los milenialistas a menudo pierden de vista el evangelio. Le dan poca atención a Jesús y su obra expiatoria en sus escritos, como hacen con los sacramentos.
4. El milenialismo entorpece la conciencia espiritual de la persona. “Aun hay tiempo” antes de que venga al verdadero fin. Quizás hay una segunda oportunidad.
5. El milenialismo entorpece la esperanza del cielo en la persona. Al mirar el esquema milenial, el cielo es casi una idea secundaria.

### Creo en la resurrección del cuerpo

La razón humana tiene problema con la resurrección del cuerpo; dice: “¿cómo puede volver a levantarse un cuerpo muerto? Los cuerpos: se desintegran, son destruidos por el fuego, devorados por animales, volados en fragmentos por explosivos; partes de cuerpos son esparcidas en diversos lugares. La razón dice: ¿Cómo puede volver a levantarse un cuerpo muerto? Ese fue el problema que afrontó Pablo en Atenas; la gente estuvo dispuesta a oír hasta que mencionó la resurrección de Jesús; en ese punto, muchos se burlaron. La resurrección del cuerpo no era parte del pensamiento griego; Homero, el poeta griego, habló de almas que regresaban como sombras desencarnadas (cf. la visita de Odiseo a Aquiles en el inframundo, en *La Odisea*). Otros griegos creían en la reencarnación, el regreso del alma en otros cuerpos (Pitágoras, Platón). Pero la meta después de la vida era quedar libre del cuerpo. Algunos, como los epicúreos, creían que todo terminaba con la muerte; el cuerpo se desintegraba y eso era todo. Ese fue el problema que encontró Pablo también en Corinto, donde la filosofía griega sobre la vida después de la muerte hizo que algunos cristianos de Corinto cuestionaran la resurrección del cuerpo, pese a que sabían que Cristo había resucitado.

La gente cuestiona también hoy la resurrección del cuerpo. Hablarán de las buenas obras de una persona, que viven en la vida de otros; hablarán de los buenos recuerdos de un difunto, diciendo que vive en la memoria de otros. Por naturaleza, los seres humanos no pueden aceptar la resurrección del cuerpo, porque va contra lo que les dice la razón.

Pero la Biblia es muy clara. Dios volverá a la vida a los cuerpos muertos; reunirá el alma y el cuerpo. Job creyó, dijo: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí” (Job 19:25-27). Isaías escribe: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo!” (Is. 26:19). El Señor usó la ilustración de los cuerpos muertos que volvían a la vida para darle a Ezequiel una descripción de que haría regresar a Israel de la cautividad en Babilonia. Oseas creía en la resurrección, escribió: “¿Dónde están, oh muerte, tus plagas? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu destrucción?” (Os. 13:14 NVI; cf. 1 Co. 15:55).

A Daniel se le dijo: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (12:2). Jesús hizo eco de esas palabras: “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn. 5:28,29). Marta sabía que su hermano iba a resucitar el último día (Jn. 11:24). Pablo habla de la resurrección en sus sermones (Hch. 13:30-37; 17:31); escribe sobre eso en sus epístolas (1 Co. 15; Flp. 3:21). La Escritura nos enseña a confesar con la certeza que lo hacemos en los credos: “Creo en la resurrección de la carne”

¿Cómo podemos tener la seguridad? La respuesta es: Cristo resucitó; su resurrección asegura nuestra resurrección. Si Cristo siguiera muerto, no tendríamos certeza de la resurrección del cuerpo. Sí, Jesús resucitó:

al joven de Naín, a la hija de Jairo, y a Lázaro, pero ellos volvieron a morir. Si no hubiera tumba vacía, no tendríamos esperanza de la resurrección. Pablo declara: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Co. 15:20). Nuestro Salvador vive; él resucitará nuestros cuerpos. Él se levantó con el mismo cuerpo, es llamado primicias, y nos levantará con los mismos cuerpos.

¿Quién se levantará de nuevo? Todas las personas serán levantadas; Pablo dice: “teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos” (Hch. 24:15). Nadie será exento, nadie será omitido. Todos los muertos se levantarán, creyentes e incrédulos.

Los creyentes pueden esperar un cuerpo glorificado en la resurrección; este cuerpo estropeado por el pecado en esta vida se levantará en gloria en la próxima, hecho como el glorioso cuerpo resucitado de Jesús. Pablo escribe:

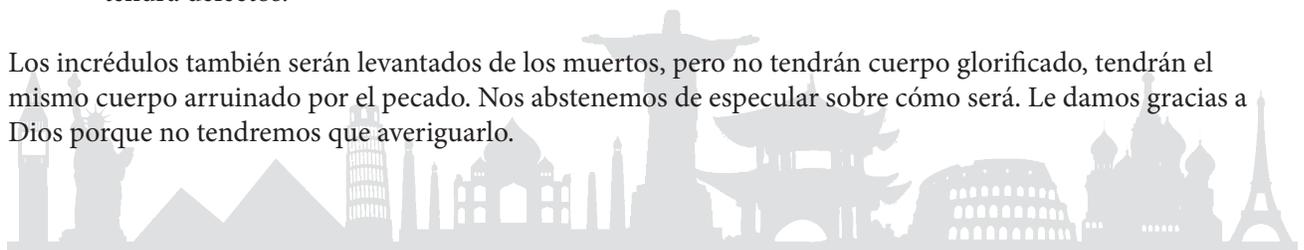
Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. [...] Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. (1 Co. 15:42-44,50-53)

También escribe: “[Cristo] transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya.” (Flp. 3:21).

En la Escritura aprendemos algunas cosas sobre el cuerpo glorificado. En último análisis, la comprensión plena de lo que esto significa tendrá que esperar hasta cuando Cristo cambie nuestros depravados cuerpos para que sean como su cuerpo glorioso. Las siguientes son algunas de las características del cuerpo glorificado:

1. Espiritualidad: Nuestros cuerpos no serán espíritus, pero serán de naturaleza espiritual (1 Co. 15:44, 45,47). No necesitaremos comer, ni beber, ni dormir, ni reposar. Es también cierto que el cuerpo glorificado será plenamente gobernado por el nuevo hombre.
2. Libre de sufrimiento: No habrá: hambre, sed, dolor, ni frío (Ap. 7:16).
3. Inmortalidad e incorruptibilidad: Nuestro cuerpo será libre de todo peligro y posibilidad de morir (1 Co. 15:42,53).
4. Fortaleza y solidez: Nuestro cuerpo no estará debilitado por los estragos del pecado (1 Co. 15:43).
5. Gloria (esplendor): Nuestro cuerpo reflejará la gloria de nuestro amoroso Dios (1 Co. 15:41,43).
6. Belleza: No habrá defectos (Flp. 3:21; 1 Co 15:43). Aquí afrontamos una pregunta: cuando Jesús resucitó, su cuerpo tenía las marcas de los clavos en las manos y los pies, y el hueco de la lanza en su costado (Jn. 20:27). Es posible que Jesús conservara esas marcas con el propósito de una identificación positiva. Pero no eran defectos; todo lo que podemos decir es que nuestro cuerpo no tendrá defectos. ¿Resucitarán los cuerpos con la edad que tenían al morir? ¿Se nos dará un cuerpo joven? La Escritura no responde esas preguntas; la única respuesta es: espere y verá. El cuerpo glorioso que se nos dará no tendrá defectos.

Los incrédulos también serán levantados de los muertos, pero no tendrán cuerpo glorificado, tendrán el mismo cuerpo arruinado por el pecado. Nos abstenemos de especular sobre cómo será. Le damos gracias a Dios porque no tendremos que averiguarlo.



### El fin del mundo

Este mundo parece muy perdurable. Las cordilleras parecen inmutables, los cuerpos celestes parece que estarán ahí por siglos. Pero un día todo el mundo creado llegará a su fin. ¿Cómo lo sabemos? Jesús lo dice: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lc. 21:33). Pedro tuvo que confrontar a los escépticos de su tiempo; indicó que esos burlones continuarían en toda la era del Nuevo Testamento; dirán: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen, así como desde el principio de la creación” (2 P. 3:4). Pedro les recuerda a sus lectores que esos burlones ignoran deliberadamente varios hechos. Uno, que Dios por su omnipotente poder formó el mundo creado. Dos, que destruyó el mundo en la época de Noé, con un diluvio universal que envió. Tres, que Dios, por el mismo poder omnipotente, un día le podrá fin a este mundo, en el momento que él ha determinado.

Pedro describe el fin del mundo: “Los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!” (2 P. 3:7,10-12).

La creación de Dios era perfecta, no había defectos en ella (Gn. 1:31). Pero, Dios maldijo al mundo por causa del pecado (Gn. 3:17-19). Pablo indica que toda la creación sufrió los estragos del pecado (Ro. 8:20). Así, este mundo pasará al final del tiempo. El salmista declara: “Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados” (Sal. 102:25,26; cf. también Heb. 1:10-12).

Pedro usa dos veces la palabra *destruir* para indicar el fin del mundo. ¿Serán aniquilados los que estén presentes el último día? La palabra *destruir* (griego: *kausōō*) no indica aniquilación. El fuego puede destruir una casa sin que todos sus elementos sean aniquilados. La destrucción del universo puede ser una renovación, varios pasajes de la Biblia lo indican. Jesús habla de la “renovación” de todas las cosas (Mt. 19:28). Pablo escribe: “La creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Ro. 8:21). Finalmente, veremos lo que suceda cuando llegue finalmente el día, si aniquilación o renovación.

La Escritura también nos dice que esperemos cielo nuevo y tierra nueva (2 P. 3:13; Is. 65:17; 66:22; Ap. 21:1). Se debe notar que en todos esos pasajes se usa la palabra *cielo* como se usa en el primer capítulo de Génesis. El cielo nuevo es un nuevo firmamento sobre la tierra nueva. Encontramos la descripción más detallada del cielo nuevo y la tierra nueva en los dos últimos capítulos del Apocalipsis, donde tenemos también la descripción del lugar donde vivirá el pueblo de Dios por la eternidad. Juan escribe: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap. 21:2-5).

Juan describe después la ciudad santa, donde mora Dios con su pueblo. Habla de las 12 puertas, que eran perlas, nunca cerradas y los 12 cimientos de piedras preciosas, y sus calles de oro puro como cristal transparente. Después habla de la presencia de Dios; escribe: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas

andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella” (Ap. 21:22-26).

Las palabras de conclusión de Juan nos regresan al paraíso en el Edén, antes de la caída en pecado; nos recuerdan cómo eran las cosas antes de la caída: “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos” (Ap. 22:1-5).

¿Se deben tomar estas descripciones literal o figurativamente? La naturaleza exacta del cielo nuevo y de la tierra nueva es algo que veremos en la eternidad. En el presente, la bienaventuranza prometida nos da esperanza y seguridad para el futuro.

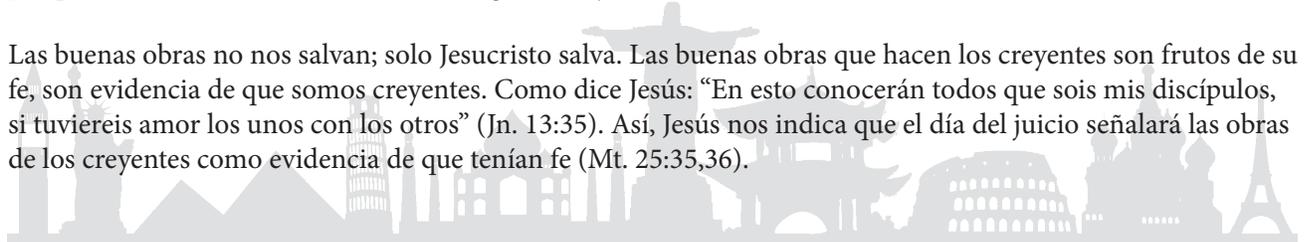
### El juicio final

Hay un día final de ajuste de cuentas para el mundo, un día en el que todos debemos comparecer ante Dios para el juicio final y público. El veredicto pronunciado en privado para todos (desde la perspectiva del tiempo) en el momento de la muerte será dado a conocer públicamente a todo el mundo. Judas dice: “De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 14,15). Daniel se refiere al juicio final cuando escribe: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Da 12:2).

Todas las personas serán convocadas delante de Dios para el juicio final; Jesús dice: “y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos” (Mt. 25:32). Pablo dice: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Co. 5:10). Los ángeles buenos estarán presentes en el juicio final, actuarán como cosechadores de Dios, llevándole la gente para el juicio final (Mc. 13:27). Incluso los ángeles caídos estarán presentes para el juicio final (2 P. 2:4); ellos saben que viene ese día, y tiemblan (Mt. 8:29). Los creyentes estarán de acuerdo con el Señor cuando pronuncie el veredicto de su juicio a los ángeles caídos (1 Co. 6:3). Nosotros juzgaremos a ángeles.

El juez del último día será nuestro Señor Jesucristo; él dice que “[el Padre] también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Jn. 5:27). Es justo que Jesús sea el juez, él vino al mundo a redimirnos, él es único camino a la salvación. La norma de su juicio será el evangelio. Jesús dice: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Jn. 5:24). “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Jn. 12:48). “Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. (Mc. 16:15,16). “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Jn. 3:18).

Las buenas obras no nos salvan; solo Jesucristo salva. Las buenas obras que hacen los creyentes son frutos de su fe, son evidencia de que somos creyentes. Como dice Jesús: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:35). Así, Jesús nos indica que el día del juicio señalará las obras de los creyentes como evidencia de que tenían fe (Mt. 25:35,36).



Es un gran gozo esperar la segunda venida de Cristo y el juicio final. Sí, nos acobardamos un poco cuando pensamos en eso, porque sabemos de nuestro pecado y nuestra indignidad. En verdad merecemos ser condenados por nuestro Dios santo, pero él es también Dios de amor y de gracia y envió a Jesús para expiar nuestros pecados. Jesús guardó la ley de Dios por nosotros, sufrió el castigo de nuestros pecados. Dios nos declaró no culpables porque Cristo fue condenado por nosotros. Por la fe, somos revestidos de la justicia de Jesús. Así, estamos delante de los ojos escrutadores de Dios. Somos revestidos con la justicia de Jesús y limpiados por su sangre. Dios ha quitado nuestros pecados para siempre. Estaremos llenos de gozo cuando nuestro Salvador nos diga: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mt 25:34).

Los incrédulos serán condenados porque rechazaron a Jesús como su Salvador. Pablo dice que los que no han oído el evangelio serán juzgados según la ley escrita en su corazón (Ro. 2:12-16). Todas las personas saben por naturaleza que hay Dios (Ro. 1:19,20), no pueden excusarse y decir que no sabían que existía. Por la conciencia, las personas saben que son responsables ante Dios. Los que oyeron el evangelio y lo rechazaron caerán también bajo la condenación de la ley. Los incrédulos le dicen a Dios, básicamente: “no quiero lo que hizo Jesús por mí, no lo necesito. Quiero lo que me he merecido”. Entonces oirán a Jesús decir: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25:41).

### La condenación eterna

La condenación eterna es el resultado del rechazo a Jesús. La condenación eterna es un hecho; Jesús dice que los incrédulos: “irán al castigo eterno” (Mt. 25:46). La Biblia usa muchos nombres para referirse a la condenación eterna. “Destrucción” (hebreo: *Abaddón*) (Pr. 15:11; cf. Ap. 9:11, donde Satanás es llamado *Abaddón* en hebreo o *Apolión* en griego); “infierno de fuego” (Mt 5:22); “infierno” *Gehena* (Mt. 5:29,30; 10:28; 23:15,33; Mc. 9:43; S. 3:6); “tinieblas de afuera” (Mt. 8:12; 22:13; 25:30); “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41); “castigo eterno” (Mt. 25:46); “abismo” (Lc. 8:31; Ap. 9:1,2); “Hades” (Mt. 16:18; Lc. 16:23; Ap. 1:18); “eterna perdición” (2 Ts. 1:9); “juicio eterno” (Heb. 6:2); “*Tártaro*” (infierno) (2 P. 2:4); “densa oscuridad” (2 P. 2:17); “segunda muerte” (Ap. 2:11; 20:6; 21:8); “lago de fuego” (Ap. 20:14); “lago de fuego y azufre” (Ap. 21:8).

La palabra hebrea *She'ól* se usa para infierno. Se traduce de varias maneras como: “Seol” “infierno”, “tumba”, o “foso”. La palabra se define muchas veces como “estado de muerte”, sin referencia específica al cielo o al infierno. Según el Antiguo Testamento, los creyentes y los incrédulos van al *Seol*. Como los muertos existen en alguna parte, el *Seol* es el lugar donde están todos los muertos. El concepto de *Seol* no es muy claro en el Antiguo Testamento, pero si lo vemos como un nombre para el mundo siguiente, y como nombre para el lugar al que van los muertos, cielo o infierno, tendremos poca dificultad con los pasajes en que aparece la palabra.

Hay quienes rechazan la enseñanza bíblica de la condenación eterna, entre ellos: los Testigos de Jehová, los unitarianos, los Adventistas del Séptimo Día, y muchos modernistas. Esas personas dicen que Dios tendría que ser un monstruo si enviara a la gente por la eternidad al infierno. Pero, la Escritura enseña que Jesús pagó los pecados de todas las personas, sufrió los tormentos del infierno por todos. En segundo lugar, los que van al infierno, van solo por su propia culpa. Como escribe Pedro: “y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (2 P. 2:1).

Finalmente, Dios es santo y justo. Como Dios santo, está airado con los pecadores; el salmista escribe: “Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; Aborreces a todos los que hacen iniquidad.” (Sal. 5:4,5). Él es justo; “Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales

sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:6-9). Dios dice lo que da a entender y da a entender lo que dice. Los que rechazan a Cristo sufrirán condenación eterna en el infierno.

¿Cómo será el infierno? La mejor respuesta a esta pregunta es: “Gracias a Dios que no lo descubriremos”. Pero la Biblia nos da alguna información en cuanto a cómo será el infierno. Habrá “fuego eterno” (Mt. 18:8). “[E]l gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.” (Mc. 9:48); “serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 8:12; 22:13; 25:30); “excluidos de la presencia del Señor” (2 Ts. 1:9). Se ha debatido si el fuego será físico o espiritual. Finalmente, Dios dice que es fuego y que arderá eternamente; sea físico o espiritual, no será agradable. El infierno es descrito como un lugar de oscuridad; el cielo como un lugar de luz que procede de la radiación de la gloria de Dios. El infierno es un lugar en el que no brilla el resplandor de la gloria de Dios. “El gusano de ellos no muere” puede referirse a descomposición perpetua.

En el infierno, el hombre está abandonado por Dios. El mayor gozo del cielo será que los creyentes vivirán siempre en la amorosa presencia de Dios. En el infierno, los condenados están eternamente separados de la amorosa y sustentadora presencia de Dios. Jesús les dirá: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41). En lugar de ser glorificados a semejanza de Cristo, los condenados serán abominables para toda la humanidad (Is. 66:24).

Habrà llanto, amargura que resulta de saber que los incrédulos estarán separados para siempre de la amorosa presencia de Dios. Habrá crujir de dientes, una señal de la ira y el odio contra Dios.

Se describe el infierno como muerte eterna. La vida es el gozo de las bendiciones de Dios; la muerte es la separación de las bendiciones de Dios. La muerte eterna es también llamada segunda muerte. Es la separación eterna de las bendiciones del Señor; no es la no existencia o aniquilación. Las palabras *destruir* y *perecer* se usan para denotar lo que les pasa a las personas en el infierno. Los que son destruidos en el infierno no dejan de existir; no tienen más oportunidad de salvación y siguen existiendo en desventura por siempre.

La Biblia enseña también que habrá grados de tormento en el infierno; Jesús dice: “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc. 12:47,48). Jesús dice que en el día del juicio será más tolerable el castigo para: Sodoma, Tiro, y Sidón, ciudades notables por su maldad, que para las ciudades de: Capernaum, Corazín, y Betsaida, que habían visto sus milagros y oído su mensaje del evangelio, pero no quisieron arrepentirse (Mt. 11:20,24). Si el sufrimiento del infierno consiste en gran parte en reconocer lo que se ha perdido, la persona que tuvo muchas oportunidades de oír el evangelio tendrá mayor razón para lamentar su necesidad.

¿Dónde está el infierno? No se puede afirmar que está en el centro de la tierra, ni se puede describir solo como una condición. Los actuales modernistas dicen que el infierno es lo que uno hace de esta vida. Pero, el infierno es un lugar; el rico dijo; “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento” (Lc. 16:27,28). El infierno es un lugar, una morada. Decimos que es *algún lugar*, porque no sabemos precisamente dónde está. La Iglesia Católica Romana ha enseñado que el infierno está en el centro de la tierra; eso no se puede demostrar bíblicamente. Es un lugar apartado de la morada de los bienaventurados en el cielo.

Finalmente, Thomas Hastings (1784 – 1872), escritor del himno, presentó la desesperanza del infierno vívidamente, cuando escribió:



¡No tardes! ¡No tardes! El espíritu de gracia,  
Tan entristecido y rechazado, puede alzar triste el vuelo  
Y dejarte en tinieblas terminar tu carrera,  
y hundirte en la tristeza de la noche eterna. (CW 337:3)

### La vida eterna

La vida eterna es también un hecho. Jesús dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). La vida es el goce de las bendiciones de Dios. La vida física es el goce de las bendiciones físicas de Dios; la vida espiritual es el goce de las bendiciones espirituales de Dios. Cuando Adán y Eva pecaron, perdieron la vida espiritual y murieron espiritualmente (Ef. 2:1). Solo por la fe en Jesús se restaura la vida espiritual. Cuando somos creyentes que Dios ha perdonado nuestros pecados por causa de Jesús, podemos volver a regocijarnos en la presencia de Dios; nuestra vida espiritual consiste en el goce del misericordioso amor de Dios.

El cielo es la continuación y el pleno goce de la vida plena, que comenzó cuando fuimos llevados a la fe por el Espíritu Santo. Ya tenemos vida eterna (Jn. 4:24; 6:47). La vida nueva que tenemos no terminará nunca. Jesús dice: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn. 11:25,26).

¿Cómo será el cielo? Cuando la Biblia describe el cielo, a menudo habla en términos de lo que no habrá allí, sencillamente porque en nuestro pecaminoso estado no tenemos la capacidad de entender ni apreciar todo lo que será el cielo.

Pablo escribe, sobre la vida eterna: “Estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17). El mayor gozo de la vida eterna es que estaremos para siempre en la presencia de nuestro amoroso Dios y Salvador. La Biblia no habla de un cielo carnal, como el que esperan los musulmanes. El cielo no estará lleno de los placeres materiales que desean las personas en esta vida, como: vino, mujeres, y canto. En vez de eso, en el cielo estaremos para siempre en la amorosa presencia de nuestro Salvador. No habría cielo sin Jesús; como dice el escritor del himno: “El cielo, Señor, sería vacío y frío / Si no estuvieras al lado mío” (CW 434:1).

En el cielo gozaremos de lo que se ha llamado *la visión beatífica*. Jesús ha dicho: “os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 18:10). Los ángeles buenos siempre contemplan el rostro de Dios; no hay un momento en el que no lo vean. También a nosotros se nos concederá la bendición de poder contemplar siempre a nuestro amoroso Salvador. Juan escribe: “Cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2 NVI). Job dice: “Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro,” (Job 19:27). David escribe: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal. 17:15).

Esta bendita visión de Dios servirá para confirmar a los creyentes en santidad. No será que Dios por su omnipotente poder impida que pequemos, sino que los que están en el cielo no tendrán deseo de hacer nada distinto de la voluntad de Dios. Seremos como los ángeles buenos, que fueron confirmados en santidad después de que obedecieron a Dios. Como dice Jesús: “Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc. 20:36). La muerte es la paga del pecado; si no hay muerte, no hay pecado. Será imposible que los que estén en el cielo caigan. Orígenes, padre de la iglesia (185 – 289), creía que no puede haber virtud a menos que haya la posibilidad de pecar; por eso sostenía que los ángeles y los creyentes resucitados son objeto de tentación y apostasía. Pero Juan describe el cielo así: “Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (Ap. 21:25). Las puertas de la ciudad se cerraban cuando había peligro de ataque; ese peligro nunca amenaza la Jerusalén celestial. Por lo tanto, sus puertas nunca se cierran.

En el cielo tendremos cuerpos glorificados, como el cuerpo resucitado de Cristo (Flp. 3:21). Seremos como los ángeles. Jesús dice: “mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc. 20:35,36). Veremos a nuestros cónyuges terrenales en el cielo, disfrutaremos eternamente de su compañía, pero la institución del matrimonio es solo para esta vida. Las relaciones familiares que conocemos aquí en esta tierra, no se aplicarán en el cielo.

Esperamos la bendita reunión en el cielo con nuestros seres amados que también murieron en la fe en Cristo. Pable escribe: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts. 4:16,17).

En el Antiguo Testamento, Moisés distinguió entre que Abraham “fue unido a su pueblo” (Gn. 25:8) y su sepultura en la cueva de Macpela. La dolorosa separación producida por la muerte pasará. Nos volveremos a reunir con nuestros seres amados alrededor del trono de gracia del Salvador.

¿Nos reconoceremos en el cielo? Los discípulos de Jesús lo reconocieron después de la resurrección; Pedro, Santiago, y Juan, reconocieron a Moisés y a Elías cuando hablaban con Jesús en el Monte de la Transfiguración. Retendremos nuestra identidad en el cielo, aunque los cuerpos serán distintos. Nos reconoceremos mutuamente porque Dios nos dará ese conocimiento, como Adán sabía todo sobre Eva tan pronto como la vio.

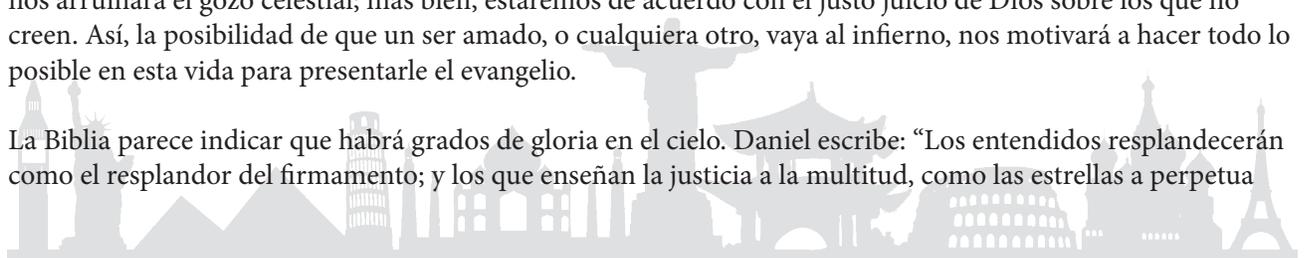
En el cielo, será quitada la maldición del pecado. Juan escribe del cielo: “Y no habrá más maldición” (Ap. 22:3). Los estragos del pecado serán cosa del pasado; el Señor le dijo a Adán después de la caída en pecado: “maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. [...] Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Gn. 3:17,19), El Señor dice que en el cielo descansaremos de nuestras tareas (Ap. 14:13). El escritor a los hebreos dice: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios” (Heb. 4:9).

Job dice: “Pocos son los días, y muchos los problemas que vive el hombre nacido de mujer” (14:1 NVI). Eso llevó al escritor del himno a llamar a este mundo “valle de lágrimas” (CW 64:2). Juan escribe del cielo: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Ap. 21:4). Como lo describe Isaías: “nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor. No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla” (Is. 65:19,20).

Jacob describe su vida así: “pocos y malos han sido los días de los años de mi vida” (Gn. 47:9). Pero Juan escribe del cielo: “Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno” (Ap. 7:16), “porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4). Será como escribe David: “Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha” (Sl.16:11 NVI).

¿Qué pasará si un ser amado no está en el cielo con nosotros? ¿Nos arruinará el gozo del cielo? Recordamos el dolor de David cuando murió su hijo Absalón (2 S. 18:33); su dolor era muy grande además porque sabía que Absalón había muerto en la incredulidad. Sí, en este mundo, el saber que una persona no estará en el cielo nos hace sufrir. Pero tenemos que responder que saber que un ser amado no está con nosotros en el cielo no nos arruinará el gozo celestial; más bien, estaremos de acuerdo con el justo juicio de Dios sobre los que no creen. Así, la posibilidad de que un ser amado, o cualquiera otro, vaya al infierno, nos motivará a hacer todo lo posible en esta vida para presentarle el evangelio.

La Biblia parece indicar que habrá grados de gloria en el cielo. Daniel escribe: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua



eternidad” (Dn. 12:3). Pablo escribe: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Co. 9:6). Esas palabras están escritas para animarnos porque nuestras labores no son en vano en el Señor. Si el Señor en su gracia quiere bendecir a una persona con más honor que a otra en el cielo, eso no mermará nuestro gozo. En el cielo no habrá celos. Aun en la tierra nos regocijamos con el honor que viene de los que amamos. En el cielo, en medida más plena, nos regocijaremos en los dones de Dios a su pueblo. Nada manchará el gozo que tendremos en el cielo.

La Biblia dice que viviremos en cielo nuevo y tierra nueva (Is. 65:17; 2 P. 3:13; Ap. 21:1). Una vez más: el cielo nuevo y la tierra nueva son *algún lugar*. El cielo nuevo y la tierra nueva, no son un mero estado de ser; no es como dicen los modernistas actuales, simplemente la buena experiencia en esta vida. Al contrario, es un bendito lugar donde viviremos, y un estado de bienaventuranza con Dios, eternamente. Esa es nuestra esperanza y nuestra seguridad.

Así, concluimos esta sección con las palabras del escritor del himno:

¡Jerusalén, hogar feliz,  
Sagrado para mí!  
Mis penas, ¿cuándo cambiaré  
Por gozo y paz en ti?

Jerusalén, hogar feliz,  
Morada para mí:  
Mis penas todas cambiaré  
Por gozo y paz en ti. (CC 345:1,5)

~~~~~

## Notas finales

<sup>1</sup>Siegbert Becker, “El cielo y el infierno,” en Preciosa herencia, Vol. 3, p. 519.

<sup>2</sup>Como se cita en Wilbert Gawrisch, “Profecías escatológicas y tergiversaciones actuales”, en Preciosa herencia, Vol. 3, pág. 537.

<sup>3</sup>Gawrisch, “Profecías escatológicas y tergiversaciones actuales”, pág. 537.

<sup>4</sup>Gawrisch, “Profecías escatológicas y tergiversaciones actuales”, pág. 574.

